

Reseña

Michael Lazzara. *Civil Obedience: Complicity and Complacency in Chile since Pinochet*, University of Wisconsin Press, 2018, 256 pp.

Carl Fischer¹

Como se vio en el “estallido social” que irrumpió en la agenda pública chilena en octubre de 2019, el legado de la dictadura de Pinochet sigue vigente en el país. El neoliberalismo ideado por los “Chicago Boys”, la constitución actual (promulgada en 1980) y el partido político ultraconservador conocido como la UDI –muchos de cuyos líderes actuales fueron funcionarios de la dictadura– son solo algunos de los vestigios de la dictadura que siguen presentes en el Chile de hoy. Es más, las huellas que dejaron Pinochet y sus secuaces han estado interrumpiendo la convivencia del país desde mucho antes del estallido social, lo que explica lo caro que le ha costado a la sociedad chilena “reconstituir el concepto de comunidad en la época posdictatorial” (23), en las palabras de Michael Lazzara en *Civil Obedience: Complicity and Complacency in Chile since Pinochet* (2018). El aniversario número 40 del golpe, conmemorado en 2013, fue otra ocasión para estas “interrupciones”, las cuales modificaron los “marcos” de la memoria chilena. En esa ocasión, se amplió el campo de los responsables por la violencia dictatorial, más allá de los perpetradores directos de los hechos (casi todos militares), para abarcar también a lxs civiles que fueron cómplices con el régimen (a veces más activxs, a veces más bien pasivxs). En esto Chile

¹ **Carl Fischer** es profesor asociado en Fordham University, Nueva York, EEUU. Es autor del libro *Queering the Chilean Way: Cultures of Exceptionalism and Sexual Dissidence, 1965-2015* (Nueva York: Palgrave MacMillan, 2016) y coeditor (junto con Vania Barraza) de *Chilean Cinema in the Twenty-First-Century World* (Detroit: Wayne State University Press, 2020).

ha seguido los pasos de Argentina, donde el Banco Central creó en 2014 una unidad para promover los derechos humanos, para así ayudar a identificar a lxs cómplices económicos con la dictadura.

Pensar estas complicidades y responsabilidades requiere un marco teórico específico a la vez que multifacético, y Lazzara no duda en explorar las zonas grises y las ambigüedades que su análisis genera. Su trabajo dialoga con las aproximaciones a la ética que hacen Giorgio Agamben, Judith Butler, Emmanuel Levinas, Hannah Arendt, Michel Foucault y Shoshana Felman, entre otrxs, para abordar varias preguntas difíciles. Por ejemplo: ¿puede haber democracia verdadera si no todos los ciudadanos de dicha democracia se han responsabilizado plenamente por las acciones que han cometido? ¿Qué constituye una confesión de responsabilidad real, en la que un sujeto se haga verdaderamente vulnerable ante los demás y ante la justicia? ¿Qué hacemos cuando los parámetros legales de la responsabilidad son excedidos por los parámetros éticos y morales de la misma? Lazzara reconoce que la posibilidad de que un/a perpetrador/a de, o un/a cómplice con, la violencia dictatorial dé la cara ante los demás, asumiendo así sus culpas, es bastante “utópica” (34). Sin embargo, su libro no duda en denunciar las hipocresías que subyacen lo que Tomás Moulian (1997) llama el “Chile actual” –el ideario nacional pulcro, próspero y neoliberal que llegó a costo de muchas muertes, las que la nación a su vez intenta ocultar–. La meta de Lazzara es desenterrar estas cuentas pendientes de Chile, para luego articular las bases culturales de un país menos violento y más solidario.

El corpus del libro gira en torno a lo que Lazzara, en diálogo con Leonor Arfuch, llama los géneros del “yo”: la autobiografía, el documental biográfico, la autoficción y el testimonio, entre otros. Estudia una serie de textos, escritos y visuales, de diferentes partícipes directxs en, y cómplices con, la dictadura. En dichos textos, estos sujetos rinden cuentas por sus acciones, racionalizan sus respectivas trayectorias de vida, y/o silencian ciertos aspectos de su pasado en dictadura, desde el presente neoliberal. Los nombres de estas personas, todas muy conocidas en Chile, tienen un lugar prominente en el libro desde la tabla de contenidos, lo que sugiere que

Lazzara no ha dudado en asociarlas con sus acciones en blanco y negro, en su propio intento de volverlas vulnerables, al menos ante el juicio de sus lectorxs. En ningún caso estos sujetos llegan a decir la verdad completa en sus textos y testimonios, argumenta Lazzara, por más que intenten (incesantemente, en una especie de diferencia derridiana) que sus palabras se validen, ante los demás, como verdaderas. En este sentido, arman lo que Lazzara llama “ficciones de maestría” (“*fictions of mastery*”), en las que intentan tomar el control narrativo de su pasado. El cinismo de estas ficciones tiene, por lo demás, una lógica mercantil: sus escritos son productos puestos a la venta, compitiendo entre sí con un discurso de autopromoción en el que quienes compren sus libros también compran (es decir, se vuelven acreedores de) los hechos tal cual estxs cómplices los cuentan (8-9). Lazzara también implica su propio “yo” en su trabajo, asumiendo la complicidad de EEUU, país del que es ciudadano, con lo que pasó en Chile y preguntándose (como yo, siendo compatriota de Lazzara, también me he preguntado a propósito de mi propio trabajo) si acaso sus vínculos de larga data con Chile, los cuales lo han motivado a escribir el estudio, también constituyen una “ficción de maestría” (186).

El primer capítulo del libro trata los intentos de Mariana Callejas –una escritora que publicó varios libros de ficción y un libro de memorias durante y después de la dictadura– de justificar sus acciones (muchas de las cuales ocurrieron en el marco de su matrimonio con Michael Townley, el responsable principal de varios asesinatos que cometió la dictadura en Washington y Buenos Aires). A través de lecturas cercanas de su obra, y sobre todo de su ficción, Lazzara devela referencias cifradas a la vergüenza que siente Callejas por sus acciones –una vergüenza que ella suprime más tarde al escribir sus memorias, las cuales Lazzara también estudia–. En el segundo capítulo, Lazzara indaga en la figura de Jaime Guzmán, el ideólogo de derecha que fue el arquitecto de la constitución, antes de ser asesinado en 1992 por un grupo de militantes de izquierda. El capítulo examina tres textos que intentan apropiarse de la figura de Guzmán: uno del dirigente de la UDI Pablo Longueira; un testimonio (en un documental) del “Chicago Boy” Sergio de

Castro; y una película de ficción hecha por el sobrino de Guzmán, Ignacio Santa Cruz. Según Lazzara, los tres textos evaden los aspectos políticamente incómodos de la figura de Guzmán (como su posible homosexualidad y su probable conocimiento de los asesinatos que se cometían en el régimen del que formaba parte), dando vueltas retóricas incesantes para evitar encarar de frente su legado.

El tercer capítulo del libro indaga en la figura de Hugo Zambelli, el amante de Enrique Arancibia Clavel, condenado por los asesinatos en Buenos Aires de Carlos Prats, un general opositor a Pinochet, y su esposa Sofía Cuthbert, en 1974. Lazzara se concentra en el testimonio que Zambelli dio en el juicio de Arancibia, haciendo todo lo posible para evitar incriminar a su amante y construyendo “límites” (*bounds*) alrededor de su discurso para no contar la verdad. En el cuarto capítulo, Lazzara se aproxima a otra figura que, como Zambelli, se volvió “transeúnte pasivo” (*bystander*) por la historia de la dictadura: Jorgelino Vergara, un criado que trabajó en un centro de tortura durante varios años. Según Lazzara, el lugar ambiguo de Vergara entre víctima (dio testimonio importante que sirvió para corroborar la existencia del centro en el que trabajaba) y cómplice (le servía café al torturador Manuel Contreras y limpiaba la sangre de lxs torturadx) encuentra su eco en la ambigüedad de un documental y de dos entrevistas televisivas que cuentan su historia. El último capítulo se trata de las autobiografías de tres sujetos “autocomplacientes”: personas en el Chile actual que se han beneficiado del *statu quo* neoliberal que la dictadura impuso, y que acaso justifican ese neoliberalismo a pesar del costo humano de su imposición. Lazzara analiza libros escritos por Max Marambio y por Eugenio Tironi, ex militantes de izquierda que se exiliaron en Europa durante la dictadura y que se hicieron ricos cuando volvieron en democracia, y luego un documental hecho por Marco Enríquez-Ominami sobre su padre, el militante Miguel Enríquez, asesinado por los militares. Los primeros dos construyen ficciones sobre sus vidas que justifican sus respectivos tránsitos desde la izquierda militante al neoliberalismo; el tercero toma una posición ambigua entre el pasado de su padre y su propia posición como “neoliberal progresista” (169).

Los textos que Lazzara estudia, en su conjunto, lo llevan a una meditación en torno a la forma. Llama “fracasados” varios de los textos (67), por no cumplir con lo que suelen hacer los géneros (artísticos, literarios, periodísticos) a los que pertenecen. Esos fracasos pueden ser estéticos –por ejemplo, los textos de Callejas exponen la hipocresía inherente a la disyuntiva entre su ficción y su vida (48), socavando su narración– pero también pueden ser éticos y afectivos. La entrevista del periodista Tomás Mosciatti a Vergara es, para Lazzara, una “performance” del periodismo que no hizo más que suscitarle a Vergara un simulacro de su verdad, sin revelar nada nuevo (135); la meditación sobre el pasado que hace Enríquez-Ominami no se atreve a preguntar qué significaba ser radical en los años 70, ni qué motivaba a los actores de ese entonces a tomar las decisiones que tomaron (173). El análisis netamente formalista de Lazzara nos lleva a pensar en cómo los géneros artísticos y periodísticos formulan y afectan nuestros conceptos de la verdad, interrogando así los ordenamientos discursivos y retóricos que dicta la literatura. Cuando los géneros “fracasan”, ¿qué implica para el (des)orden del Chile actual?

Por otra parte, llaman la atención los vínculos semánticos, en el análisis de Lazzara, entre el lenguaje de la complicidad y el discurso en torno a la sexualidad minoritaria. Eso no es ninguna casualidad: como dijo la teórica Gayle Rubin en su ensayo “Thinking Sex” (1984), la debilidad política y la sexualidad fuera del matrimonio heterosexual “bien constituido” siempre han ido de la mano (143). Desde la época del mccarthismo, se decía que la homosexualidad debilitaba la fibra moral y te hacía más vulnerable a la influencia de la “subversión” comunista y más apto a “traicionar” a los demás –un lugar común con el que Manuel Puig juega en *El beso de la mujer araña* (1976) –. El análisis de Lazzara, asimismo, utiliza la retórica del clóset para describir la manera en que ciertos sujetos son “expuestos” como cómplices de la dictadura (123); la manera en que el “Chicago Boy” de Castro aborda las posibles violaciones a los derechos humanos del régimen es descrita por Lazzara como una de “prohibido preguntar, prohibido decir” (“*don’t ask, don’t*

tell”) (78), la misma frase que se usaba en EEUU para describir la política ambigua de las fuerzas armadas sobre la presencia de personas lesbianas y gays entre sus filas en los años noventa. Las múltiples referencias de Lazzara a la vergüenza de algunos de sus sujetos cómplices (31, por ejemplo) se remite a las aproximaciones a la “vergüenza” para cuestionar los movimientos de “orgullo” LGBT en ciertas corrientes de la teoría *queer*; la descripción de la “pasividad” de Zambelli, quien nunca intervino para impedir que su amante Arancibia asesinara a Prats y Cuthbert, también es sugerente (12). El lenguaje del clóset tiene mucho en común con el de la complicidad: reconocer plenamente lo que uno es, y lo que uno ha hecho, es la única manera de lograr una convivencia real con el entorno.

Con una gran claridad de escritura, Lazzara muestra que la despolitización, la evasión y la fragmentación del yo subjetivo, las cuales se evidencian en muchos de los textos que trata, no son el mejor camino para que una sociedad asuma los traumas de su pasado. Es preferible permanecer vulnerable ante los demás, según Lazzara, a dejar fragmentarse la subjetividad, es decir, relegar ciertos aspectos del pasado del sujeto a la oscuridad, como si nunca hubieran existido. Es esa la única manera de lograr un testimonio estéticamente convincente y una postura política éticamente sustentable. La repolitización del presente en Chile ya no tolera los silencios y las complicidades de antes, algo que el excelente estudio *Civil Obedience: Complicity and Complacency in Chile since Pinochet* de Michael Lazzara deja bien en claro.

Bibliografía

Lazzara, Michael. *Civil Obedience: Complicity and Complacency in Chile since Pinochet*. Madison and London: University of Wisconsin Press, 2018.

Moulian, Tomás. *Chile actual: Anatomía de un mito*. Santiago de Chile: LOM, 1997.

Rubin, Gayle. “Thinking Sex.” *Deviations: A Gayle Rubin Reader*. Durham and London: Duke University Press, 2011.